

Marx y nosotros

Fernando López Castellano

Resumen: El presente trabajo se limita a glosar las principales aportaciones de Marx al pensamiento económico, en particular su método para comprender la historia y su diagnóstico del sistema capitalista.

Palabras clave: Marx; historia del pensamiento económico.

Códigos JEL: I30.

El título de este artículo es una paráfrasis del que encabeza uno de los últimos ensayos del gran teórico marxiano Louis Althusser. En su trabajo, «Maquiavelo y nosotros», Althusser (2004) sugiere leer al autor florentino como lo hicieron sus lectores directos, aquellos para los que escribió. Aceptar esta propuesta althusseriana y leer a Marx como debieron hacerlo sus contemporáneos implicaría superar la visión catequística del marxismo, por utilizar la afortunada expresión del profesor J. Fontana, alejar a los lectores de cualquier intento de calificar a Marx de visionario y enfatizar en su aportación metodológica, en la virtualidad de su aparato teórico para explicar el funcionamiento de un sistema y sus tendencias. En efecto, un sistema y sus tendencias, el sistema capitalista que observaba desde las ventanas de la Biblioteca del British Museum, mientras escribía su obra magna, «El Capital». Asumiendo la propuesta terminológica de Fontana, habría que distinguir entre marxismo y marxista, formas escolásticas de marxismo, y marxiano y marxismo crítico, para designar pensamiento personal y seguidores que reflejan fielmente su pensamiento, respectivamente (López Castellano, 2001).

La construcción económica y política de Marx ha generado profundos debates y una literatura tan profusa que es imposible abarcarla. Por razones de espacio y de formación, el contenido de este trabajo se limita a glosar las principales aportaciones de Marx al pensamiento económico, en particular su método para comprender la historia y su diagnóstico del sistema capitalista. La perplejidad de gran parte de los científicos sociales ante la magnitud de una crisis inaprensible con el arsenal teórico del paradigma vigente hace más pertinente, si cabe, la recuperación de este autor frecuentemente criticado, refutado o ignorado, pero que supo sistematizar los rasgos que han hecho del capitalismo un sistema que ha logrado superar todas las cotas imaginables de capacidad productiva y tecnológica.



Pese a que Marx no llegó a elaborar una teoría sistemática de las crisis, de su obra se puede entresacar un profundo análisis de éstas sin forzar los textos o falsear su pensamiento. Como avanzó Ernest Mandel a principios de los 80, en una conferencia dictada en Atenas, Marx tenía una concepción multicausal de las crisis y planteaba su inevitabilidad, dado que eran el resultado de las contradicciones internas del modo de producción capitalista (Mandel, 1984). En todo caso, se podría emular a la «keynesiana de izquierdas», Joan Robinson, y enviar una «Carta abierta» a un economista neoclásico para reflexionar sobre el futuro de la teoría económica y, en particular, de la capacidad del Marxismo crítico como teoría económica y filosófica para analizar la deriva actual del sistema capitalista.

Hay que advertir, no obstante, que aunque la naturaleza del capitalismo sea la misma que la descrita por Marx, el sistema ha experimentado profundas transformaciones, que han alterado radicalmente los procesos productivos, la organización del trabajo, el papel del Estado, la ideología y el discurso económico dominantes. Si, como escribía K. Polanyi, la máquina creó una nueva civilización, las mutaciones sufridas por

el capitalismo y el cambio de políticas que se producen con el paso del régimen de acumulación fordista al nuevo régimen «financiarizado» están alterando los parámetros de la sociedad actual. A finales de los noventa, Chesnais sugirió la expresión «régimen de acumulación dominado por lo financiero» para designar la nueva configuración del capitalismo resultante de las políticas de desregulación, privatización y liberalización llevadas a cabo en la etapa precedente, y que han derivado en la gran influencia en el orden social y económico de los mercados financieros, que imponen la forma y el ritmo de la acumulación e influyen poderosamente en las pautas de distribución de la renta (Chesnais, 2003).



A la altura de 1845, Marx había fundado, según Althusser (1967), una nueva ciencia, el materialismo histórico, cuyo objeto era la sociedad, y una filosofía, el materialismo dialéctico, cuyo objeto era el conocimiento científico. Althusser también destacó la virtualidad del nuevo edificio conceptual para explicar las estructuras fundamentales de la sociedad humana a lo largo de su historia. El materialismo histórico debe entenderse como una teoría de la economía, la sociedad y la historia, tres dimensiones de la vida humana que trata de aprehender mediante la dialéctica. Como escribiera el propio Marx en el prefacio de «El Capital», su propósito era descubrir la ley económica del movimiento de la sociedad capitalista, esto es, investigar las relaciones de producción de una sociedad históricamente determinada y concreta en su génesis, evolución y decadencia. Rubel (1957), en su ya clásica biografía de nuestro personaje, enfatiza en el carácter ético que traspira toda su obra. El materialismo histórico, escribe, es un método objetivo de investigación, que se ocupa esencialmente del análisis de los hechos históricos, pero, también una doctrina ética, cuya finalidad es «formular los principios que tienen que dirigir la actividad de la clase proletaria para conseguir la liberación y para organizar una sociedad completamente humana».

De la filosofía ilustrada alemana y, en particular, de Hegel y Feuerbach, Marx extrae la dialéctica, la doctrina de la relatividad del conocimiento humano. De la Economía política clásica inglesa y, en concreto, de Adam Smith y David Ricardo, extrae los fundamentos de la teoría del valor como fruto del trabajo. Marx entendió la sociedad como un sistema dinámico complejo, como un todo estructurado y dialéctico en donde la base económica y la superestructura ideológica están interrelacionadas y se influyen mutuamente. En la «Contribución a la crítica de la Economía Política», escribe: «*En la producción social que realizan, los hombres entran en relaciones determinadas que son necesarias e independientes de su voluntad; estas relaciones de producción corresponden a una etapa definida de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. La suma total de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, su fundamento real, sobre el que se elevan las superestructuras legales y políticas y a la que corresponden unas formas determinadas de la conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de vida social, política e intelectual en general*» (Marx, 1859).

Las fuerzas productivas constituyen un elemento dinámico que genera tensiones crecientes en el elemento estático representado por las relaciones de producción, o entramado de instituciones y costumbres en el que se desarrolla la actividad económica. Cuando las fuerzas productivas materiales entran en conflicto con las relaciones de producción el sistema entra en crisis y se inicia la transición a un nuevo modo de producción (Roncaglia, 2006).

Pese a que el materialismo histórico no proponía una dependencia mecánica de la superestructura institucional e ideológica de la estructura económica, sino una compleja interrelación entre ambas, los fundadores del socialismo científico tuvieron que defenderse de las acusaciones de determinismo y economicismo realizadas por sus críticos (Woods, 2002). A estas acusaciones responde de forma contundente, Engels: «*Según la concepción materialista de la historia, el factor que en última instancia determina la historia es la producción y la reproducción de la vida real. Ni Marx ni yo hemos afirmado nunca más que esto. Si alguien lo tergiversa diciendo que el factor económico es el único determinante, convertirá aquella tesis en una frase vacua, abstracta y absurda*» (Engels, 1978).

Para explicar las leyes de movimiento del capitalismo, un sistema basado en la revolución continua de los medios de producción, la concentración y centralización

del capital, Marx desarrolla un aparato conceptual que estructura en torno a la noción de plusvalía como piedra angular y a una teoría de la explotación sustentadas en la teoría del valor-trabajo. Para Marx, con la aparición de la propiedad privada la sociedad se divide en dos clases: la que dispone de los medios de producción (burguesía) y la que sólo posee la fuerza de su trabajo para sobrevivir (proletariado). El capital es una relación social de producción, que expresa las relaciones de clase en una sociedad capitalista y la subordinación de los trabajadores a los capitalistas.

Para explicar el proceso de explotación de los trabajadores por los capitalistas, núcleo de la acumulación de capital, distingue entre trabajo (ejercicio de alguna actividad productiva) y fuerza de trabajo (el trabajador como persona, que incorpora el potencial para ejercitar una actividad productiva). El trabajador vende al capitalista su fuerza de trabajo (mercancía), que el capitalista paga por su valor (su coste de producción: los medios de subsistencia). A lo largo del proceso productivo, el trabajo produce mercancías por un valor superior al de la fuerza de trabajo, es decir, la cantidad de trabajo total realizado por los trabajadores es mayor que la exigida para producir sus medios de subsistencia (trabajo necesario). La diferencia constituye la plusvalía, que se apropia el capitalista.

Para Marx, el desempleo y la ley de disminución de la tasa de beneficio son inherentes al proceso de acumulación capitalista, caracterizado por el cambio tecnológico y la mecanización creciente, que implica un aumento progresivo de la composición orgánica del capital (relación entre capital constante —medios de producción— y el variable —valor de la fuerza de trabajo empleada en la producción—). La incesante incorporación de nueva tecnología que ahorra trabajo forma una reserva permanente de desempleados, lo que posibilita frenar la tendencia alcista de los salarios. Si la composición del capital no varía, las crisis constituyen el instrumento capitalista para generar desempleo coyuntural, reducir los salarios y mantener la tasa de beneficio. Marx sostenía que el sistema se sirve de dos vías para conformar y consolidar el ejército de reserva, aparte del proceso natural de proletarianización, puede extender e intensificar la jornada de trabajo de tal modo que con menos obreros obtiene el mismo resultado y de otra parte, incrementar la composición orgánica del capital reduciendo a su vez el número de trabajadores requeridos por cada volumen de capital real dado.

En definitiva, y como se decía más arriba, lo más valioso de la aportación de Marx al pensamiento económico reside en la elaboración de un aparato conceptual y metodológico para comprender la

dinámica del sistema capitalista, subrayar las contradicciones inherentes al proceso de acumulación de capital y proponer una teoría del conflicto y del antagonismo entre las clases sociales, para criticar una economía política que basaba su explicación de las leyes de movimiento del sistema en la armonía económica. Al marxismo crítico le corresponde la ardua tarea de adaptar esta metodología a la investigación del nuevo régimen de acumulación.

Referencias bibliográficas

ALTHUSSER, L. (1967): *La revolución teórica de Marx*, Siglo XXI, México.

ALTHUSER, L. (2004): *Maquiavelo y nosotros*, Akal, Madrid.

CHESNAIS, F. (2003): «La teoría del régimen de acumulación financiarizado: contenido, alcance e interrogantes», *Revista de Economía Crítica*, nº 1, págs. 37-72.

ENGELS, F. (1978): *Obras Escogidas de Marx y Engels*, Editorial Progreso, Moscú.

LÓPEZ CASTELLANO, F. (2001), «Reseña a Berzosa, C. y Santos, M., *Los socialistas utópicos. Marx y sus discípulos*», *Temas para el Debate*, nº 76, págs. 71-72.

MANDEL, E. (1984): «La teoría marxista de las crisis y la actual depresión económica», *Sous le drapeau du socialisme*, nº. 97-98.

MARX, K. (1867): *El Capital. Crítica de la Economía Política*, Siglo XXI, Madrid (1980).

MARX, K. (1859): *Contribución a la crítica de la economía política*, Miguel Castellote Editor, Madrid (1976).

ROBINSON, J. (1953): «Carta abierta de un keynesiano a un marxista», en *Relevancia de la Teoría Económica*, Martínez Roca, Madrid (1976).

RONCAGLIA, A. (2006): *La riqueza de las ideas*, P.U.Z., Zaragoza.

RUBEL, M. (1967): *Karl Marx: essai de biographie intellectuelle*, Marcel Rivière & Cie, Paris.

WOODS, A. (2002): «El marxismo y la teoría de las ondas largas», *Marxismo Hoy*, nº 10.

